

19.

PANEGIRICO DE ST. TERESA











José M.<sup>a</sup> Sánchez Bermejo

# PANEGÍRICO

DE

# Sta. Teresa de Jesús

Patrona del Cuerpo de Intendencia





# PANEGÍRICO

DE

## Sta. Teresa de Jesús

Patrona del Cuerpo de Intendencia

predicado en la Iglesia de su título, de la Ciudad de Avila, por el

Presbítero Licenciado Don José María Sánchez Bermejo

el día 14 de octubre de 1926

en la fiesta que anualmente celebra la Academia del Cuerpo



AVILA

Tipografía de Antonio M. Ibáñez, Reyes Católicos, 34

1926

Nihil obstat.

Cens. Eccus.

Lic. Froilanus Perrino

Imprimi potest.

Abulæ 27 Octobris 1925

† Henricus,

Episcopus Abulensis

AL PROFESORADO  
DE LA  
**Academia de Intendencia**

---

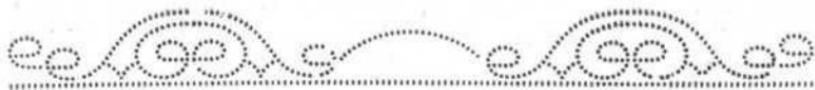
*Vuestros amistosos requerimientos me han movido a imprimir el discurso que el día 14 de Octubre de este año tuve el honor de pronunciar en la fiesta que anualmente celebra la Academia de Intendencia en honor de la excelsa Patrona del Cuerpo; a vosotros; pues, debo dedicar estas páginas. Aceptadlas con la generosidad que os caracteriza, y sirvan, a la par que de nuevo lazo de nuestra sincera amistad, de estímulo a cuantos soldados las leyeren para continuar sin desmayo en el constante servicio de Dios y de la Patria.*

*Avila 20 de Octubre de 1926.*

*José M.<sup>a</sup> Sánchez Bermejo.*

Al Excmo. Sr. Marqués de  
San Juan de Piedras Blancas, en  
prueba de respetuosa amistad

Al Tutor,  
Joaquín Sánchez  
Romero



«Melior est patiens viro forti, et qui dominatur animo suo, expugnatore urbium» (Prover. C. XVI. v. 32).

«Es mejor el varón paciente que el fuerte, y el que domina a su espíritu vale más que el conquistador de ciudades». (Del Libro de los Proverbios, Cap. XVI. ver. 32).

Dos momentos solemnes de mi vida llevo yo grabados en el alma de tal modo, que me parece imposible que pueda nunca borrarlos el polvo del olvido. Es uno, aquel en que mis labios juveniles besaron una cruz formada por el asta de la Bandera de mi Patria y la espada de un bizarro Jefe del Ejército. El sol esplendoroso de Mayo llegaba a la mitad de su carrera, reflejando sus rayos abrasadores en los bruñidos aceros de las armas. La compacta muchedumbre, que llenaba una de las avenidas más anchurosas de la Capital y Corte de España, esperaba con emoción el momento en que el representante de Cristo tomara el juramento de fidelidad a más de veinte mil soldados. Cuando yo había de prestarle, me pareció que todas las miradas de aquella innúmera muchedumbre convergían hacia mí, y al sentirme acariciado por aquellos ojos dulcísimos, que eran verdaderamente los ojos de mi Patria, una ola de fuego sentí dentro del corazón, y lo inflamó de tal manera, que con toda propiedad puedo decir que el beso con que firmé mi juramento fué un beso ardiente y abrasador que surgió del volcán del pecho al cráter de mi boca. En aquel solemne ins-

tante dejó de ser misterio para mí el heroísmo del soldado que ofrece su pecho a las balas del enemigo por defender el honor de su Bandera, porque entonces fuimos veinte mil los que ofrendamos nuestras vidas a la Patria.

Cuatro años después, otro día esplendoroso de Mayo y en un palacio de la misma Corte, otro representante de Cristo, que fué gloria del Episcopado y ya duerme el sueño de los justos, con cariño verdaderamente paternal me tomaba otro juramento. Había ligado mis manos con dulzura y suavidad y sus ojos se fijaban en los míos, como si quisiera comunicarme toda su alma y todo su espíritu, que eran el espíritu y el alma de la Iglesia, y a mí me pareció ver a las innúmeras legiones de ángeles, que forman la guardia de la Majestad divina, rasgando los celajes de los cielos y asomándose a las puertas del Empíreo para presenciar el momento en que sobre mi cabeza bajara la dignidad sacerdotal. Y al verme hecho objeto de la admiración de las celestiales jerarquías, otra ola de fuego sentí que me abrasaba el corazón, y envueltas en llamaradas de caridad salieron de mi boca las palabras consecratorias de mi primera Misa. Entonces dejó de ser misterio para mí el heroísmo de los mártires, que caminan gozosos a la muerte por confesar la fé de Cristo, porque en aquel instante solemne yo también me inmolaba a Dios ante el ara del altar.

Estos momentos de fervor en que el alma se siente con vigor bastante para sacrificar todo cuanto la rodea, y aun a ella misma, en aras de un ideal, solemos pasarlos todos alguna vez en la vida. Vosotros, en particular, ilustres Jefes, Oficiales y Caballeros alumnos de la Academia de Intendencia, entre los que cuento muchos de mis más leales y caros amigos; vosotros, que, como yo, habeis jurado la Bandera de la Patria, os habeis sentido héroes, al menos en aquella ocasión, y seguramente que aun perdura viva en vuestra memoria la emoción de aquel momento. Mas para hacer frente a los mil obstáculos que el soldado ha de encontrar en el constante servicio de la Patria, como para vencer todas las dificultades que se ofrecen al cristiano en el servicio de Dios, el heroísmo de un momento, de una hora o de un día, no es bastante; es preciso ir siem-

pre armado de la virtud de la Fortaleza, que es el hábito del heroísmo.

Nadie mejor que Teresa de Jesús puede servir de modelo de esta virtud, la primera en un soldado, y por eso, sin duda, vosotros la elegisteis por Patrona del glorioso Cuerpo de Intendencia. En ella quiero inspirarme yo para hablaros de la Fortaleza en esta solemnidad con que la honrais esta mañana. Pedid conmigo también, a este fin, la inspiración y la ayuda del Cielo por mediación de la Virgen Santísima.

**AVE MARIA.**





### Textus ut supra.

¿Qué es la Fortaleza? Fuerte es el huracán impetuoso que troncha los cedros del Líbano y barre las caravanas del desierto; y fuerte es también la torre de la catedral gótica, que clava sus agujas en las nubes, desafiando la furia del huracán. Fuerte es el oleaje violento del Océano, cuando, cabalgando en alas de la tempestad, devora los ingentes navios que surcan el piélago de las aguas; y fuerte es también la roca solitaria, que contiene el oleaje turbulento del mar, convirtiendo las olas en hirviente espuma. Fuerte es el brazo del leñador que, a cada golpe de hacha, derriba un roble de la selva; y fuerte es también la encina, que opone su dureza al acero y hace embotar el hacha que esgrime el leñador. De donde se deduce que la Fortaleza tiene dos funciones: una, es el ímpetu en la acometividad; otra, la firmeza en la resistencia; que es lo que enseña Santo Tomás cuando dice: «dos partes tiene la Fortaleza: una, consiste en acometer cosas arduas; otra, en resistirlas.» Parece que en nuestro rico idioma hay un nombre preciso para cada una de estas funciones: *el valor y la paciencia*. El primero es la acometividad, es el empuje violento del alma: la segunda es la estabilidad imperturbable del espíritu en medio de los ataques que recibe. Por eso la palabra *valor* va unida casi siempre en nuestra imaginación a la idea del Ejército. Al oírlo, parece como si oyéramos el ruido de las armas y el estampido del cañón, envueltos en espesas nubes de polvo y de hu-

mo, o viéramos la Bandera nacional desplegando a todos los vientos los emblemas benditos de la Patria: y al pronunciar la palabra *paciencia*, parece como si evocáramos el recuerdo del sufrido Job, flagelado por el azote de todas las desgracias, o las figuras macilentas de los Padres del Yermo encorvados bajo el peso de la mortificación. El valor parece que va acompañado de un brillante cortejo envuelto en nimbos de gloria: la paciencia se cubre con el manto de la miseria manchado de lágrimas y sangre. Y a pesar de esta antítesis aparente, ambos conceptos integran el concepto adecuado de la Fortaleza; de ambos ha menester el soldado para mantener el juramento de fidelidad a la Bandera; de ambos es modelo acabado vuestra excelsa Patrona.

En la noble carrera de las armas el valor es necesario, porque sin él no se concibe el honor patrio. El ideal de la Patria exige que el soldado esté siempre dispuesto a tremolar la Bandera nacional donde quiera que haya un grado de gloria que conquistar. No es preciso siquiera esperar la ofensa; hay que prevenir el ultraje y marchar con ánimo decidido donde quiera que el peligro se presente. Ni hay que conceder al enemigo la iniciativa de la pelea, para luego repeler la agresión; sino que muchas veces hay que interrumpir el sosiego del enemigo, presentándole el combate con audacia. Sin el valor no hubiera conquistado España un Nuevo Mundo, ni en su historia se hubieran escrito las páginas de Covadonga, de Las Navas, de Lepanto, ni se estaría escribiendo ahora la página gloriosa de Marruecos.

Pero el valor no lo es todo en el soldado. Hay tiempos de paz en que no tiene aplicación y, aún en períodos de lucha, hay treguas en que su actuación no es necesaria. Lo que no puede faltar un momento en los consagrados al servicio de las armas es la constancia en el cumplimiento del deber, es la firmeza para mantenerse en su puesto, es la imperturbable serenidad en medio de los azares de la milicia. Yo concibo muy bien un soldado que no haya conquistado un palmo de tierra para su Patria ni haya lavado en sangre ultrajes a su Bandera; lo que no puedo concebir es un soldado que no tenga que so-

portar con entereza los rigores de la disciplina, y las inclemencias del frío y del calor, y el desfallecimiento del hambre y de la fatiga, y hasta la insolencia del enemigo que, en más de una ocasión, habrá de aguantar a pie firme y a pecho descubierto, para no malograr el éxito de la campaña. Vosotros, el glorioso Cuerpo de Intendencia, sois el ejemplar perfecto de este soldado.

Contemplad ahora a vuestra Patrona y vez con cuánto relieve se destacan en su figura estas virtudes. En cuanto a su valor para acometer, escuchad lo que dice uno de los biógrafos que vivió en sus días (1): «Fué mujer fuerte, cual la pinta el Espíritu Santo por boca de Salomón; porque fué mujer que tuvo virtud de ánimo, fortaleza de corazón, industria grande y, finalmente, todo lo que es perfección en este género y virtud de fortaleza, y así fué mujer varonil acabada y perfecta» Y en el proceso de su beatificación declara su sobrina con estas palabras: «Hále dado Dios un tan fuerte y valeroso ánimo que espanta» Pero no es preciso acudir a textos extraños; oid lo que ella dice de sí misma: «Animo dicen que no le tengo pequeño, y se ha visto que me le dió Dios más que de mujer» Por eso se sentía con fuerzas para combatir contra todos los luteranos, y cuando había algún obstáculo que vencer, ella era la primera en acometerlo. De cómo procuró inculcar a sus monjas este valor, dan idea aquellas palabras: «No querría yo, hijas mías, que fuésedes mujeres en nada ni lo pareciédes, sinó varones fuertes; que si hacen lo que es en sí, el Señor las hará varoniles que espanten a los hombres» Basta hojear su Libro de las Fundaciones para admirar los arrestos de aquella monja, desamparada, calumniada y aún perseguida, que no ve obstáculos para su ardua empresa, o por mejor decir, que, en presencia de los mayores obstáculos, se burla de ellos, los desbarata y llega a coronar su obra sin cansancio ni fatiga. Y así tenía que ser aquel espíritu forjado por los brazos de tantas generaciones de guerreros en la fragua del valor; así tenía que

---

(1) Fr. Diego de Yepes. Vida, virtudes y milagros de la B. V. Teresa de Jesús. C. XI.

ser el tipo central de la historia de la Ciudad de los Caballeros: así tenía que ser aquella heroína, descendiente de héroes, hermana de héroes y madre fecunda de héroes.

Del otro género de Fortaleza, que consiste en resistir las acometidas al espíritu, casi no es posible elegir textos, porque es toda su vida, porque son todas sus obras testimonio de la fortaleza de la Santa en sostener todo género de tribulaciones. Sirvan de ejemplo estos pasajes tomados al azar: «En muy grandes trabajos y privaciones y contradicciones que he tenido, háme dado Dios grande ánimo, y cuando mayores mayor, sin cansarme de padecer» Cuando, al final de su vida, el Señor le envió uno de esos trabajos que parece no hay fuerza capaz de resistirlos, ella se expresaba así. «Con este trabajo, Señor, me pagais todos los que me habeis dado en mi vida.» Y con su singular gracejo reconvenía a sus monjas diciendoles: «Acordaos que pobres y regaladas no lleva camino» ¡Oh mujer verdaderamente fuerte! Yo no sé qué es más admirable en tí: si el arrojo y valentía para conquistar almas para el Cielo o la férrea resistencia para sobrellevar las amarguras de tu austera vida.

Y entre la acometividad y la resistencia, entre el empuje para caer sobre los obstáculos y la firmeza para hacerlos frente, entre estas dos funciones de la Fortaleza ¿cuál encierra más mérito? ¿cuál tiene un valor más subido? Recordad las palabras que me han servido de lema, tomadas del libro de los Proverbios: «*Melior est patiens viro forti; et qui dominatur animo suo, expugnatore urbium*» Es mejor el varón paciente que el fuerte, y el que domina a su espíritu vale más que el conquistador de ciudades.

No entendáis que en este texto se contraponga la Fortaleza a la Paciencia, según la traducción literal, sino que debe entenderse, el *paciente* por el *sufrido* y el *fuerte* por el *impetuoso*, según el común sentir de los comentaristas, o, como cree Cornelio A. Lápide, hay que entender el *fuerte*, *gibbor* en hebreo, por la preponderancia de fuerzas físicas, y el *paciente*, *erech appaim*, por la mansedumbre de ánimo. Ni es opuesto a esta interpretación Santo Tomás cuando dice que *la Fortaleza es*

*mayor virtud que la Paciencia* (1), porque es claro que en ese pasaje el Angel de las Escuelas toma la Paciencia como virtud moderadora de la tristeza originada por los contratiempos ordinarios de la vida, pues, tomada en su sentido adecuado, la Paciencia es la firmeza para resistir toda clase de males y aun la misma muerte. Y en este sentido es, como antes hemos dicho, parte integral de la Fortaleza, y parte más excelente que el *valor*. El mismo Santo Tomás lo defiende (2) con tres hermosos argumentos: «1.º, porque la resistencia supone superioridad de fuerzas en el agresor; 2.º, porque el que resiste ya está bajo la acción del peligro, mientras que el que acomete aun lo ve como futuro; y 3.º, porque la resistencia supone duración de tiempo, mientras la agresión es de suyo momentánea, y es más difícil permanecer estable mucho tiempo que dejarse llevar por el ímpetu de un instante».

A estas razones de orden intrínseco pudiéramos añadir otras extrínsecas, tomadas del mismo soldado a quien venimos aplicando la virtud de la Fortaleza. El que acomete se siente alentado por un espíritu de superioridad, escucha en derredor suyo los rumores de admiración que su arrogancia despierta en las muchedumbres, ánimale el estampido del cañón y le embriagan los vapores de la polvora, se ve impulsado por el ejemplo de sus camaradas y divisa allá en lontananza el brillo de la gloria, que le atrae, que le fascina y le arrastra al heroísmo. Y el que resiste no suele encontrar junto a sí estímulos tan poderosos; mira en torno suyo y contempla cómo la muerte se va cebando en sus hermanos; mira hacia adelante y ve cómo avanza, envalentonado, el enemigo; vuelve la vista atrás... ¡ah! eso no,... ¡eso nunca!; el soldado no puede volver nunca la espalda, porque dejaría de resistir, dejaría de ser soldado, sería un perjuro a su Bandera; allí ha de permanecer en pie, a pecho descubierto, dando cara al enemigo y esperando la bala que ha de taladrarle el corazón, para caer en medio del campo,

---

(1) II-II Quaest. 136, Art. 2.º.

(2) II-II Quaest. 123, Art. 6.º.

sin gloria, sin admiración, sin recompensa, en cumplimiento del deber.

Este soldado sois vosotros, glorioso Cuerpo de Intendencia, que, en tiempo de paz, laborais en silencio para prevenir las contingencias de la futura lucha, y en tiempo de guerra os desparramais entre las otras armas del Ejército para proveerles de todos los medios ofensivos y defensivos con que puedan arrollar al enemigo, mientras vosotros, a pie firme, formando muralla con vuestros cuerpos para proteger los medios de defensa, estimulais el avance de las otras Armas, aplaudís con entusiasmo sus heroicidades y sucumbís resistiendo en vuestro puesto, sin esperanza de que la gloria se pose en vuestra tumba. Pero no, que la Gloria agita también los plieges de vuestra Bandera y es su sopro dulce y acariciador. Recordad por no remontarnos más allá de nuestros días, los nombres gloriosos de Hernández Olaguirre, el héroe de Anual; de Iglesias, el de Nador; de La Puerta, el del Blocao del Lobo; de Faguás, el de Tizzi Azza, de los hermanos Motta, los de Haddida y Morro Nuevo; de Valero, el de Cabrerizas Altas, de Galo López y aquel ramillete de oficiales, víctimas juveniles, que con él sucumbieron en la gesta de Alhucemas, de la que providencialmente salió con vida, sin duda para que pudiera coronarla con su gloriosa hazaña y fuese testimonio vivo de aquellos instantes de trágica grandeza, el Teniente Luis Mateo Cubero ¿No veis como la Gloria os sonrío y cómo bendice la Patria vuestro heroísmo?

Basta ya: sois soldados y la Fortaleza es vuestra divisa. Pero, además de soldados, sois *soldados de Intendencia*, y vuestro espejal distintivo es la firmeza en la resistencia. Por eso es Teresa de Jesús vuestra Patrona y espejo donde debeis miraros. Su lema debe ser vuestro lema: *aut pati aut mori; o padecer o morir* ¡Oh qué fórmula más admirable de Fortaleza! Los cobardes, los apocados, los que no saben hacer frente a las contrariedades de la vida, prefieren morir a padecer: *mori potius quam pati*. Los deslumbrados por el brillo de la fama, los ambiciosos de gloria, eligen entre vencer o morir: *vincere aut mori*. Job, el pacientísimo Job, ante el espectro de la

miseria, sentía tedio de la vida: *taedet animam meam vitae meae*. Tobías, afligido en su cautividad, exclamaba: *expedit mihi magis mori quam vivere*: mejor me es morir que vivir. El Patriarca Elías invocaba también la muerte, temeroso de caer en manos de Jezabel: *sufficit mihi, Domine; tolle animam meam*. El esforzado Matatías, sintiéndose sin valor para ver la desolación del Templo y los males que amenazaban a su nación, exhortaba a sus soldados a que se arrojaban en brazos de la muerte, porque era mejor morir que sobrevivir a tantas calamidades: *quia melius est nos mori in bello quam videre mala Gentis nostrae*. Y el mismo Apostol, harto de luchar contra las inclinaciones de la carne, suspiraba por el momento en que pudiera abandonar el cuerpo para vivir con Cristo: *desiderium habeo dissolvi et esse cum Christo*. Pues ni Job, ni Tobías, ni Elías, ni Matatías, ni San Pablo, me parecen tan fuertes como Teresa, que no le arredran todos los males de la vida juntos, sinó que los llama, los desafía, los resiste con denuedo y hasta los bendice con aquel heroísmo que aprendiera a los pies del Crucifijo; *aut pati aut mori; o padecer o morir*; ése es su lema, suyo solamente.....

Por eso, cuando contemplo su estatua erguida sobre el monumento de las glorias de Avila, levantado en la Plaza de su nombre, paréceme divisar entre las almenas de la muralla las sombras de aquellos legendarios guerreros avileses, cuyo valor fué asombro del mundo, que salen de sus tumbas para admirar la grandeza de esta mujer, y entre los murmullos de admiración que sus voces levantan, paréceme distinguir la voz de Jimena Blázquez que le dice: «Tú sí que eres mágnanima, Tú sí que eres animosa, Tú sí que eres varonil», y la voz de Sancho Dávila que añade: «Tú sí que eres decidida, Tú sí que eres arrojada, Tú sí que eres fuerte».

¡Glorioso Cuerpo de Intendencia! Sr. Coronel, Jefes, Oficiales y Caballeros alumnos que me escuchais; ahí teneis a vuestra Patrona; ahí teneis a vuestra Capitana ¡Animo, pues, y adelante! Adelante, hasta donde el honor patrio lo exija, y firmes, hasta que os derribe la muerte. Adelante y firmes también,

siempre firmes y adelante, con el pecho descubierto, hasta donde la causa de Dios os lleve.

Si así lo haceis, junto con la gratitud de la Patria, recibiréis la corona de gloria, que Dios tiene prometida a los que le sirven con fidelidad en la tierra. *Así sea.*

**A. M. D. G.**















MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFIA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa  
de Jesús

Número.....	3119	Precio de la obra....	Ptas. ....
Estante ....	95	Precio de adquisición. >	.....
Tabla.....	7	Valoración actual.... >	.....

3

